

radica también la justificación del respeto por las creencias religiosas como derivado del más amplio derecho de libertad de conciencia. La postura de Dawkins no es en este caso intentar hacer que la religión obedezca este pacto, civilizarla, sino procurar su exterminio, pues ve una continuidad con pocas fisuras entre fundamentalismo y religiosidad moderada. Esto confiere al texto un especial tono polémico, un cierto aire de desesperación y una cota de jocundidad, que constituyen la ganancia en oro literario para el lector.

Por último, su negativa a ver en la religión, y específicamente en el cristianismo, un factor determinante de la moralidad moderna, comporta todos los ingredientes de la ceguera histórica y sociológica. No comprende que su propio canon moral, el *Zeitgeist* moral moderno, ha sido producto de un proceso evolutivo. Aplicándole una frase de Elías a propósito del conocimiento, diríamos que Dawkins no puede imaginar cuánto de lo que sabe que es correcto es posible no saber que lo es (cf. Elías 2002: 119). Lo que es digno de ser aclarado es cómo, de fuentes tan moralmente sembradas de minas, se pudo con todo decantar un conjunto de principios tan intachables como la libertad, la igualdad, la solidaridad. ¡Qué mérito extraño el de unos textos sagrados como esos! ¡Y qué tortuosa debió ser su depuración, su asimilación como valores laicos!

#### Bibliografía

- Blackburn, S. *Pensar*. Barcelona: Paidós, 2001.
- Wilson, E. *Consilience*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1999.
- Küng, H. *El principio de todas las cosas*. Madrid: Trotta, 2007.
- Gardner, M. *Los porqués de un escriba filósofo*. Barcelona: Tusquets, 1989.
- Marina, J. *Por qué soy cristiano*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- Eliás, N. *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona: Península, 2002.

RAMIRO CEBALLOS M.

Universidad de Pamplona, Colombia

ramirocem@yahoo.es

**Moreno, J. C.**, coord. *Descartes vivo. Ejercicios de hermenéutica cartesiana*. Barcelona: Anthropos, 2007. 286 pp.

Se trata de una recopilación de 12 artículos sobre el pensamiento y la figura de René Descartes, elaborados desde muy diversas perspectivas. Entre ellos hay 3 de la pluma del coordinador, Juan Carlos Moreno, quien orienta en cierta forma el sentido global del libro. Sin embargo, hay algunos de ellos que se apartan de su orientación y hasta la contradicen.

Pues bien, yo me atrevería a decir que lo que más me interesó del libro fue precisamente aquello que menos me convenció, porque siempre he considerado que son aquellos que no comparten nuestras ideas, quienes, cuando desarrollan su pensamiento de manera coherente y sustentada, más enriquecen nuestra manera de pensar.

Veamos entonces qué fue lo que en realidad no me convenció, aunque me haya servido para enriquecer mi conocimiento. Se trata de la defensa del pensamiento o de la persona de Descartes (a veces no es claro lo que se pretende defender), cuyo propósito es liberarlo del señalamiento de haber sido uno de los grandes pilares del pensamiento moderno. Porque tanto Moreno, el compilador y autor, como algunos de los otros colaboradores, pretenden convencernos de

que Descartes no pensó tal como lo entendieron, tanto sus contemporáneos, como quienes vinieron después de él. Que no fue él quien le dio un marcado impulso a las ciencias físico-matemáticas, al convertirlas en el modelo de todo conocimiento, y que el mecanicismo radical con el cual buscó sacar las famosas formas aristotélicas del ámbito de la realidad sensible, sólo ha sido una mala interpretación por parte de sus descuidados lectores.

Ahora bien, las estrategias que desarrollan para llevar a cabo su intento son varias e interesantes. Unos, como Moreno, claramente pretenden afirmar que Descartes no dijo lo que dijo, porque si uno se fija en la vida que llevó y lo que escribió en algunas de sus cartas, eso que dijo hay que interpretarlo de manera muy diversa. Es claro que esta estrategia no puede convencer, aunque se la esgrima con inteligencia y con una muy abundante erudición. Porque, o bien se trata de mostrar que Descartes fue una persona que no vivió de acuerdo con las consecuencias que se derivan de sus convicciones filosóficas, lo cual no resulta muy difícil de mostrar, o bien se busca decir que sus tesis filosóficas no deben ser tomadas tan seriamente como él parece formularlas.

En el primer caso, resulta claro que una visión estrictamente cartesiana de la vida no es posible, y eso lo sabía el mismo Descartes. Sólo que ello no le impidió desarrollar un pensamiento que buscaba de manera desahogada, no la verdad, sino la seguridad o la certeza inconvencible, pagando para ello el precio de renunciar a toda la gama de realidad que escapaba a su concepción matematicista del mundo. Y si uno, en beneficio de la discusión, aceptara que Descartes no esperaba que sus tesis fueran tomadas con tanta seriedad, sino

como meros ejercicios mentales, hay que tener en cuenta que lo más importante de un pensador que ha merecido con creces un lugar en la historia del pensamiento occidental, no es lo que él haya podido pensar o vivir, sino la influencia que sus escritos han tenido con el correr del tiempo.

De ahí que el segundo recurso, que consiste en considerar que las tesis cartesianas no deben ser tomadas tan al pie de la letra como pareciera que su autor las formula, tampoco sea un expediente válido a la hora de evaluar su pensamiento. Lo que realmente importa es el impacto que sus ideas han tenido en el desarrollo posterior de la historia. Y nadie podrá negar que críticos como Heidegger están mucho más cerca de haber comprendido de manera adecuada ese impacto, de lo que se halla Moreno cuando pretende exonerarlo de esas atribuciones.

Aquí convendría traer a cuento el excelente estudio elaborado hace algunos años por Antanas Mockus, el mismo que luego ha llegado a ser alcalde de la ciudad de Bogotá en dos ocasiones, titulado "Representar y disponer" (Universidad Nacional de Colombia, 1988). En ese escrito Mockus no solamente corrobora con gran cuidado las tesis de Heidegger con respecto al giro producido en la Modernidad, y en el cual Descartes jugó un papel decisivo, sino que lleva más adelante sus consideraciones al preguntarse si con ello no hemos llegado a una comprensión realmente nueva e irreversible de lo que significa conocer.

Ahora bien, lo que resulta todavía más interesante en el intento que hacen algunos de los escritores del libro que reseñamos para liberar a Descartes de los que ellos consideran malos entendidos, es el propósito que pareciera

moverlos. Porque se trata de criticar la Modernidad, o a los intérpretes que acusan a Descartes de ser uno de los padres de la misma, buscando con ello reivindicar una forma de pensamiento que yo me atrevería a llamar “nuevo conservatismo católico”. Y lo llamo así por las siguientes razones.

En primer lugar es un *conservatismo* porque trata de reivindicar los derechos de la fe, tomada en su más amplio sentido, en contra de los atrevimientos de la razón, o del libre pensamiento que ellos consideran desorbitado. Y ello va unido a una crítica a la sobrevaloración del sujeto humano, porque consideran que ha tenido la osadía de usurpar el lugar que debía corresponderle a Dios. Y es un conservatismo *nuevo*, porque no trata de rechazar en forma directa las pretensiones del libre pensamiento, sino de aprovecharse de la crisis en la que ese pensamiento se ha visto involucrado al no haber podido superar el escepticismo, para presentar la fe y la autoridad como un sucedáneo indispensable a esa debilidad del pensamiento. Y es *católico*, porque va unido a una crítica sin cuartel al papel que le correspondió a la Reforma protestante en la gestación de la Modernidad. Esta crítica me ha llevado a preguntarme: ¿será por esa tendencia “católica” que ellos buscan reivindicar la figura de Descartes, al ser el único pensador católico que ha merecido un lugar en la historia del pensamiento moderno?

Porque la intención que se descubre en su reivindicación de Descartes es sobre todo la de liberarlo de haber sido el padre del más genuino pensamiento moderno, tal como habrá de madurar durante la llamada Ilustración. Dicho en pocas palabras, lo que ellos no quieren aceptar es que Descartes haya podido

ser el padre de la Ilustración. Así, algunos de los escritos pretenden recuperar el sentido de la moral cartesiana, haciendo esfuerzos para volverla compatible con sus doctrinas filosóficas, tal como se encuentran en las *Meditaciones*, lo cual es a todas luces imposible. Uno bien podría decir que la moral cartesiana resulta más aceptable, al menos para el sentido común, que sus doctrinas metafísicas o epistemológicas. Pero lo que no cabe sustentar es que moral y metafísica resulten compatibles dentro de la doctrina cartesiana. Y sobre todo no puede negarse que sus doctrinas morales nunca tuvieron, ni pudieron tener, la poderosa influencia de sus doctrinas metafísicas o epistemológicas.

Ahora bien, es justo señalar dos cosas más con respecto a esta recopilación de artículos. La primera es que la gran mayoría de ellos merecen ser leídos, porque sus argumentos resultan muy interesantes, así uno no llegue a compartirlos. Y lo segundo es que, además de los escritos que pretenden reinterpretar la figura o el pensamiento de Descartes en el sentido señalado sobre todo por Juan Carlos Moreno, hay otros que siguen derroteros diferentes y aun opuestos. Baste señalar el muy interesante artículo de Mauricio Beuchot sobre la influencia del nominalismo en el pensamiento cartesiano, y el de Ramón Kuri sobre el papel de Francisco Suárez en la preparación del camino emprendido por Descartes. Este último, a pesar de su acendrado tomismo, merece ser leído con atención. Y una mención especial merece el artículo de Antonio Marino, quien se aparta de las tesis sustentadas por el compilador, y nos ofrece unas muy interesantes reflexiones sobre el concepto cartesiano de “generosidad”, fundamental en su moral.